

III JORNADAS AGUSTINIANAS

(Madrid, 11-12 de marzo de 2000)

# SOLEDAD, DIÁLOGO, COMUNIDAD

*Editor*

**Rafael Lazcano**



CENTRO TEOLÓGICO SAN AGUSTÍN  
Madrid 2000

## **PRESENTACIÓN**

---

RAFAEL LAZCANO, OSA

Soledad, Diálogo, Comunidad, tres conceptos decisivos nos convocan en estas III Jornadas Agustonianas, organizadas por el Centro Teológico San Agustín (Madrid). Son tres palabras, tres realidades básicas del ser humano; sin ellas no podemos vivir, pero quien solamente vive con una de ellas no es humano. La persona parece que no puede prescindir de la soledad, la amistad y la comunidad social a la que pertenece. Porque el hombre vive ininterrumpidamente en sociedad, aun sin saberlo convive en un permanente intercambio con las personas desde la soledad y el diálogo. Hoy, de nuevo, ante la situación socio-cultural y religiosa por la que atraviesa Europa nos parece importante ocupar un tiempo en la reflexión de la soledad, el diálogo y la comunidad <sup>1</sup>.

Por lo demás, sabemos que no tiene sentido alguno plantearse la existencia del hombre alejado de la sociedad, ni tan siquiera mediante el ejercicio consistente en abstraerlo para insertarlo luego en la misma sociedad, dado que irremediamente ésta la componen individuos concretos. La persona, hombre o mujer, en efecto, nace, vive, trabaja, proyecta, sufre, desea, razona, enferma, espera, ora y ama en la sociedad. Pero aún así, ninguna sociedad humana tiene la posibilidad de eliminar los «dramas y las grandezas» que produce la misma soledad. Desconfiad de quien ignora la soledad; sospechaz de quien no le otorga un lugar en la vida, en su conocimiento de los hombres, de los acontecimientos, de la historia cotidiana y en su propia cosmovisión. Desconfiad igualmente de quien combate la soledad multiplicando sus relaciones con los hombres y las instituciones, o por la asistencia in-

---

<sup>1</sup> A este respecto puede ser de gran utilidad el ensayo de Amedeo CENCINI, *Vida en comunidad: reto y maravilla. La vida fraterna y la nueva evangelización*. (Col. Edelweiss 37). Ed. Atenas. Madrid 1998.

flacionista a reuniones, cursos, cursillos, asambleas, congresos o jornadas. «El *propium* humano es su soledad y lo que desde ella y con ella hace, implicándola en mundanidades y socialidades»<sup>2</sup>.

Es cierto que la situación cultural de este tiempo aparece a muchos algo confusa. Ha fracasado el intento racional, ilustrado, de explicar de un modo global la realidad y de resolver técnica o políticamente los grandes problemas del hombre. Ahí están los medios de comunicación para constatarlo día a día. También es cierto que la modernidad, con sus notas culturales diferenciadas, desencadenó un proceso de maduración cultural por las que el hombre de Occidente ha caminado en los tres últimos siglos. Aún así, en el mundo cultural más relevante existe el convencimiento de que la modernidad ha fracasado; una prueba de ello es la constatación del desencanto político, ideológico, social, económico, y religioso. Ha terminado la ilustración, ha caído el racionalismo. La diosa «razón» ha muerto.

«Sólo ahora —escribe Zubiri en un texto paradigmático—, sin mundo y sin Dios, el hombre se ve forzado a rehacer el camino, apoyado en la única realidad sustante de su propia razón: es el orto del mundo moderno. Alejada de la razón tiene que hallar en su seno los móviles y los órganos que le permitan llegar al mundo y a Dios. No lo logra. Y, en su lugar, a fuerza de intentar descubrir estas vertientes mundanales y divinas de la razón, acaba por convertirlas en la realidad misma del mundo y de Dios. Es el idealismo y el panteísmo del siglo XIX.

El resultado fue paradójico. Cuando el hombre y la razón creyeron serlo todo, se perdieron a sí mismos; quedaron, en cierto modo, anonadados. De esta suerte, el hombre del siglo XX se encuentra más solo aún; esta vez, sin mundo, sin Dios y sin sí mismo. Singular condición histórica. Intelectualmente, no le queda al hombre de hoy más que el lugar ontológico donde pudo inscribirse la realidad del mundo, de Dios y de su propia existencia. Es la soledad absoluta. A solas con su pensar, sin más apoyo que lo que fue, el hombre actual huye de su propio vacío; se refugia en la reviviscencia mnemónica de su pasado; exprime las maravillosas posibilidades técnicas del universo; marcha veloz a la solución de los urgentes problemas cotidianos. Huye de sí; hace trascurrir su vida sobre la superficie de sí mismo. Renuncia a

---

<sup>2</sup> ÁLVAREZ TURIENZO, Saturnino, *El hombre y su soledad. Una introducción a la ética*. (Col. Hermeneia 23). Ed. Sígueme. Salamanca 1983, p. 351.

adoptar actitudes radicales y últimas: la existencia del hombre actual es constitutivamente centrífuga y penúltima. De ahí el angustioso coeficiente de provisionalidad que amenaza disolver la vida contemporánea. Pero si, por un esfuerzo supremo, logra el hombre replegarse sobre sí mismo, siente pasar por su abismático fondo, como *umbræ silentes*, las interrogantes últimas de la existencia. Resuenan en la oquedad de su persona las cuestiones acerca del ser del mundo y de la verdad. Enclavados en esta nueva soledad sonora, nos hallamos situados allende todo cuanto hay, en una especie de situación trans-real: es una situación estrictamente trans-física, metafísica. Su fórmula intelectual es justamente el problema de la filosofía contemporánea»<sup>3</sup>.

Pasada la época de los grandes sistemas, propios de la modernidad, nos quedan fragmentos, pequeñas razones, pequeñas verdades inconexas que valen solamente para un espacio diminuto de nuestra realidad. Mientras el mundo y la historia ruedan, sin solución, y la religión aparece sin fuerza en medio de un mundo sin religión, sólo queda el recurso a lo inmediato, a lo más fácil, a los placeres del momento, a las pequeñas verdades, limitadas casi siempre al espacio de mi vida. El hombre vuelve a encontrarse cerrado en sí mismo, en un tipo de existencia donde sólo queda lugar para el individualismo. Este es el lado negativo de la soledad acentuado más si cabe por la postmodernidad.

Remontándonos al siglo XVI, descubrimos en el humanista Sabuco de Nantes un texto en donde aparecen reflejadas algunas cuestiones claves referentes a la temática que nos ocupa en estas Jornadas Agustonianas. Señala que una de las mayores satisfacciones humanas se da en la relación interpersonal, que la comunicación perfecta se da en el «entre nosotros», que la experiencia de la soledad es sinónimo de madurez personal y que a través del diálogo, la amistad y la soledad pueden conseguirse mayores dosis de humanidad en soledad. Esuchemos:

«La amistad y buena conversación es muy necesaria para la salud del hombre, porque el hombre es animal sociable, quiere y ama la conversación de su semejante, en tanto que algunos llamaron a la buena conversación quinto elemento con que vive el hombre; es necesario hablar, y conversar al ánimo a sus tiempos, y entender en algo de pa-

---

<sup>3</sup> ZUBIRI, Xavier, «Nuestra situación intelectual» (1942), en *Naturaleza, Historia, Dios*. Alianza Editorial. Madrid 1987, novena edición, pp. 56-57.

satiempo, porque el alma empleada y atenta en algo aprovecha para la salud y, al contrario, estando queda y ociosa, como el agua encharcada, se pudre. También por otra razón son necesarios los amigos, porque si el alma no tiene en qué emplear su amor natural..., luego se marchita y desmaya, y hace melancolía y tristeza, quedándose como vacía... El amigo es otro yo... La soledad hace el contrario efecto de la buena conversación, deriva mal humor en su proporción, hace melancolía y tristeza, da tormento y angustias, como el gran deseo, si no tiene compañía consigo de gran entendimiento y filosofía para hablar y conversar consigo mismo y con su prudencia; que este tal más acompañado está cuando solo, y más solitario cuando acompañado. Por eso dijeron bien: 'el solo, o es como Dios, o es como bestia, que no siente la falta de compañía'. Esta soledad, silencio y tranquilidad son diferentes, porque a ratos son buenas, y a ratos son malas... La soledad es mala a los tristes y melancólicos, y les acarrea más daños que a otros. La soledad es buena para el buen cristiano a sus tiempos y horas, y en ella se halla lo que muchas veces se pierde en la conversación, hablando y conversando con Dios en la oración bocal o mental, y haciendo paradas en la vida, entendiéndose a sí mismo, y considerando el camino y vía entre manos, y el fin a donde va a parar»<sup>4</sup>.

El hombre y la mujer del siglo XXI, no hay duda, necesitan cultivar en profundidad el encuentro personal, también con el misterio, con el Absoluto, con Dios, en soledad, iluminada y creadora. «Toda vida verdadera es encuentro»<sup>5</sup>, que se nos da como fruto sazonado del diálogo y de la abundante capacidad relacional que poseen las personas.

La grandeza de la soledad asoma aquí, proporcionando fuerza creadora y libertad para el bien y la verdad. Pues, «en cada soledad se produce un cierto conocimiento de sí mismo y antes que conocimiento, lo previo y más importante: una especie de trato, de familiaridad y un cierto hábito de estar consigo mismo que vence el espanto de ser a solas, y de no saber quién está ahí, en ese abismo donde no podemos descender, a cuyo borde nos detenemos temerosos»<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> SABUCO DE NANTES Y BARRERA, *Nueva filosofía de la naturaleza humana y otros escritos*. Madrid 1981, pp. 135-137. Tomado de ÁLVAREZ TURIENZO, Saturnino, *o. c.*, pp. 147-148.

<sup>5</sup> BUBER, Martin, *Yo y Tú*. Traducción de Carlos Díaz. (col. Esprit 1). Caparrós Editores. Madrid 1993, p. 13.

<sup>6</sup> ZAMBRANO, María, *Persona y Democracia. La historia sacrificial*. (Col. Pensamiento crítico/pensamiento utópico 34). Ed. Anthropos. Barcelona 1988, p. 97.

Soledad y diálogo es lo que nos permite vivir en la comunidad eclesial y religiosa con rostro humano. Quien convive en comunidad vislumbra el rostro del otro, clarifica el suyo propio y promueve el encuentro que plenifica la persona. Ahora bien, la realidad que encontramos en las comunidades religiosas suele ser muy otra. El drama de la comunidad actual está en que no existen verdaderas relaciones personales y vivimos atrapados por la prisa, el ruido, y el individualismo. Nuestras comunidades se han vuelto borrosas, sin palabras, incommunicadas e instaladas en un dulzón aletargamiento, en donde se constata que cada uno va a lo suyo, nadie se interesa por nada ni nadie. Son las comunidades en las que no interesa el nombre de sus miembros, a los otros los hemos olvidado o bien canjeado por el vertiginoso ritmo de nuestras actividades. Ahora lo imprescindible en la vida comunitaria son los teléfonos móviles y la conexión a internet, a cambio, claro está, de la tan ansiada calidad de vida de la comunidad de hermanos o hermanas. Ganamos, no obstante, y nos superamos de día en día en estrés, hedonismo y eficacia, cuyo componente último no deseado es un inaguantable malestar personal, institucional, social y religioso. Llegados aquí, brota del espíritu humano un fuerte deseo inequívoco: la huida de nosotros mismos, de la comunidad a la que fingimos no ver, e incluso, nos alejamos de la misma ciudad en inquietante búsqueda de paz y sosiego. Esta verdad ha sido cantada una y mil veces por nuestros poetas.

«En mi soledad  
he visto cosas muy claras,  
que no son verdad».  
«Poned atención:  
un corazón solitario  
no es un corazón»<sup>7</sup>.

Estos versos, por todos conocidos, pertenecen al poeta sevillano Antonio Machado, y los siguientes al Maestro salmantino, Fray Luis de León:

«¡Qué descansada vida  
la del que huye del mundanal ruido

---

<sup>7</sup> MACHADO, Antonio, «Proverbios y cantares» (XVII y LXVI), en *Poesías completas*. Madrid 1979, pp. 270 y 277.

y sigue la escondida  
senda, por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido.  
[...]  
Vivir quiero conmigo;  
gozar quiero del bien que debo al cielo,  
a solas, sin testigo,  
libre de amor, de celo,  
de odio, de esperanzas, de recelo»<sup>8</sup>.

Ahora cuando damos comienzo las III Jornadas queremos acudir a Agustín de Hipona, implorando su ayuda para que ilumine nuestro camino que conduce a la búsqueda de la verdad, del amor y la paz en diálogo con la cultura<sup>9</sup>, al tiempo que le pedimos nos hable de sus hallazgos en el silencio de su corazón, realizados en apasionante diálogo con sus amigos hasta ser merecedores de poseer auténticas comunidades fraternas, en las que el misterio de cada persona se revela y se comunica a través de la palabra, el discurso, el diálogo y el silencio, antesala de la comunidad de comunidades, la Santísima Trinidad.

---

<sup>8</sup> «Canción de la vida solitaria», en *Poesía*. Edición de Juan Francisco Alcina. Ed. Crítica. Madrid. 1986, pp. 69 y 71-72. Cf. LEÓN, Fray Luis de, *Exposición del libro de Job*. Edición de Javier San José Lera. Ed. Universidad de Salamanca. Salamanca 1992, vol. II, pp. 852-885.

<sup>9</sup> Cf. LANGA, Pedro, *San Agustín y la cultura*. (Col. Manantial 2). Ed. Revista Agustiniana. Madrid 1998.